

Título: Gracia para pecadores indignos (Grace for Unworthy Sinners)

Descripción: Calvary Road Baptist Church, en el culto de la mañana del domingo 13 de septiembre de 2026, expone Marcos 2:13–17. El mensaje va de la enseñanza junto al mar de Galilea al llamado eficaz de dos palabras a Leví el publicano —«Sígueme»— y a su resurrección espiritual; luego al banquete donde recibe a publicanos y pecadores, frente al orgullo propio de los fariseos y escribas. Jesús se presenta como el Gran Médico del alma: los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos; no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. La gracia da la bienvenida a pecadores indignos y envía a los sanados a llevar a otros desechados al Salvador.

Transcripción:

Esta mañana tengo un sermón más largo de lo habitual y por eso ni siquiera vamos a entrar en una introducción. Vamos a entrar directo en el texto esta mañana. Así que, para quienes puedan ponerse de pie, únanse a mí mientras nos ponemos de pie juntos por respeto a la Palabra de Dios y sigan en sus Biblias mientras leo de Marcos capítulo 2, y vamos a estar en el versículo 13 hasta el versículo 17. Marcos capítulo 2, versículos 13 al 17.

Versículo 13. Y salió otra vez a la orilla del mar; y toda la gente venía a Él, y les enseñaba. Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que Él come y bebe con publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Estas son las palabras del Señor. Pueden sentarse.

Quiero que miremos Marcos 2:17. Porque estas son las mismas palabras del Señor Jesús. Y esta es la declaración del propósito de Dios, no del propósito del hombre. El propósito de Dios queda definido enteramente por su misión terrenal en este texto. Déjenme leerlo otra vez. Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. El Salvador Jesucristo declara que Él no vino a ofrecer alabanzas y cumplidos al hombre. Mira qué bueno eres. O wow, mereces una alabanza notable por lo bien que has hecho las cosas. No, eso no es lo que Él vino a hacer. Solo palabras de alabanza y cumplidos. Fíjense: aquello para lo que Él bajó en esta misión terrenal no era hablar principalmente a quienes pensaban que estaban espiritualmente sanos. Esos no eran a quienes Él había venido principalmente a llamar. No: Él vino a traer sanidad espiritual y vida a quienes estaban gravemente afectados por la enfermedad del pecado. Imaginen a un hombre, si quieren, muriendo de una enfermedad contagiosa fatal —es decir, no se ve desde afuera a menos que vean tal vez señales visibles de síntomas como tos o tal vez secreción nasal—. Así que algo está pasando en este hombre que les estoy haciendo imaginar. Y se acerca a la sala

de emergencias. Está en el lugar. Está allí. Está casi listo para entrar. Pero en lugar de entrar, duda; y en lugar de correr a la sala de emergencias, se queda como colgado frente a las puertas de la sala de emergencias porque no cree que los médicos puedan curarlo. Está en el mismo lugar, pero no recibe la cura para su enfermedad porque algo pasó. ¿Qué lo detuvo de entrar? Pensó que estaba perfectamente sano. Estaba tan engañado. Ahora, esta es una persona imaginaria. ¿De acuerdo? Estaba tan engañado, autoengañado, que pensó que estaba perfectamente sano porque externamente se veía bien. Llevaba ropa adecuada. Estaba en su traje. Todo estaba bien externamente. Pero en ese mismo momento, imaginen si quieren a esta persona en su traje bien vestido dándose la vuelta y encontrando gente que entra por las puertas —y están destrozados por dentro y por fuera— y no se detienen. Entran a la sala de emergencias y van a ver a los médicos. ¿Ven cuál es la diferencia entre aquel hombre del traje y el hombre o las personas que corren a la sala de emergencias? Se dan cuenta de que no están sanos. Fíjense: tiene que haber una conexión entre lo externo, pero más importante, lo interno.

El cuidado que salva vidas en términos de salud espiritual resulta en esto: que ustedes quieran ser curados de la misma enfermedad que los está destruyendo de adentro hacia afuera. Fíjense: mucha gente sella su propia ruina al no entender lo que el pecado puede hacer en su vida. No se dan cuenta de los efectos —no solo temporalmente, sino eternamente— de los efectos devastadores de la enfermedad del pecado. Así que la diferencia en esa ilustración imaginaria pero muy cercana al corazón es que uno reconoce que tiene una enfermedad que debe ser curada. El otro no piensa que necesita ser curado. Aunque tiene las señales de la enfermedad, no ve que hay una cura. Ese es un lugar peligroso en el que estar. Y dibujé esta ilustración porque está muy cerca de lo que vamos a ver en el texto esta mañana. Así que la parte central de nuestro texto esta mañana es esta. Vamos a ver otra vez a la élite religiosa aparecer —igual que con el paralítico— a los escribas y a los fariseos, y miran con desprecio a quienes están reconociendo que están quebrados, que están llenos de esta enfermedad del pecado, y esos son los cobradores de impuestos, los publicanos, los pecadores. Sin embargo, cuando Jesús llama a Leví desde su lugar de trabajo, que era su caseta de impuestos, él se levanta y vamos a ver que deja su caseta de impuestos y se sienta dando la bienvenida a otros que también reconocen que tienen una enfermedad de pecado de la que necesitan ser curados. Mientras el grupo de justos en sí mismos —los fariseos y los escribas— no van a buscar una cura para la enfermedad. De hecho, están horrorizados. ¿Cómo puede Jesús salvar del pecado? ¿Recuerdan eso con el paralítico? ¿Cómo puede perdonar el pecado del paralítico? Vamos a ver eso otra vez aquí en el texto. Fíjense: el dilema que enfrenta cada corazón humano en esta sala y cada uno en el mundo es este: todos estamos espiritualmente enfermos de pecado. Cada uno tiene la enfermedad del pecado. Mientras nos escondamos en la justicia propia pensando que estamos perfectamente sanos, nos excluimos de la obra salvadora de Jesucristo, quien es llamado el gran médico, el médico de nuestras almas. Así que hoy vamos a recorrer Marcos 2:13-17 y vamos a rastrear el ministerio de Jesús desde la orilla del mar hacia adentro —esta vez no a la casa de Pedro, sino a la casa de Leví— y veremos cómo Cristo emite un llamado eficaz igual que con el paralítico cuando dijo «levántate»; va a usar la misma expresión. Pero quiero que noten cuando llegue allí el tono de

la palabra «se levantó» en el texto, porque eso mostrará lo que le sucede a Leví en su salvación. Así que nuestra meta es pasar del orgullo autosuficiente a descansar plenamente en la gracia sanadora de Jesucristo. Nadie debería salir de esta sala diciendo: «Oh, sí, ser justo en sí mismo, lleno de orgullo, es algo bueno». Espero esta mañana que si ustedes piensan que es bueno pensar que lo externo es tan importante para presumir que están bien, que están bien, sepan esto: están llenos de enfermedad o pecado y sí necesitan una cura. Espero que lo sientan esta mañana si aún no lo sienten. Así que miremos ahora el texto. Versículos 13 al 14. Después de la sanidad del paralítico en Capernaum, Jesús sale otra vez a la orilla del mar de Galilea. Vamos a ver que en el evangelio de Marcos el mar apunta a la vasta extensión del ministerio de Cristo, su servicio. Aquí en la orilla vemos el llamado de los discípulos comenzando con Pedro y Juan, y luego veremos aquí el llamado de Leví; y en el ministerio junto al mar Él predica y enseña a toda la gente y también hace milagro tras milagro. Ya hemos visto esos con el paralítico y otros que lo conectan con el Mesías, todo dentro del mar de Galilea. Así que cuando las multitudes vienen a Él en este escenario, Él no está predicando ahora. Está enseñando; su doctrina es como en Deuteronomio 32:2, un refrigerio para el alma cansada. Un refrigerio para el alma cansada. Cuando Jesús siempre está enseñando, quiere que sintamos como la lluvia en el rocío ese refrigerio, y ustedes conocen ese aroma del refrigerio: cuando oyen a Jesús enseñar, cada vez que enseña es como la explicación de Deuteronomio 32 y luego como Juan 6:63, donde Él dice que son vida. Mis palabras son vida. Dan vida. Y quiero que vean ese contraste tan marcado con los fariseos y los escribas descritos en Mateo 23:3-4. En lugar de dar vida y refrigerar el alma cansada. En contraste, ellos —los fariseos y escribas— atan cargas pesadas y difíciles de llevar y las ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos mismos no las quieren mover ni con un dedo. Fíjense: eso no da vida. Eso es esclavitud hasta lo último. La clase equivocada de esclavitud. Y así Él no quiere atrapar a la gente. No: quiere dar vida. Mientras que los fariseos y escribas solo atrapan gente, atrapan gente, atrapan gente. Él quiere que se suelten, que sean liberados por sus mismas palabras. La verdad los hará libres, como dijo Jesús. Así que identifiquemos a Leví. ¿Quién es Leví? Igual que en el primer sermón de Marcos les compartí quién era Marcos. Identifiquemos ahora a Leví. Jesús pasa por el camino de la orilla y ve a Leví. Lo vemos en el texto y se le describe como hijo de Alfeo y está sentado al banco de los tributos públicos, que es otra vez la caseta de impuestos. Piensen en todos esos lugares cuando pasan un puente. Ahora todo es electrónico, ¿verdad? Tienen que tener esos sensores. Pero entonces había gente parada allí. Antes de poder entrar a un puente o a un peaje, tenían que pagar. Tenían que pagar físicamente con dinero. Luego pasó a tarjetas de crédito. Y ahora otra vez tenemos esos aparatos que ponemos en los carros, ¿verdad? Así que él era una de esas personas. Se paraba y recibía el impuesto para usar las carreteras. Así que Leví pertenecía —está bien, ese es su nombre, Leví— pertenecía a la tribu de Leví. ¿Y quiénes son los levitas? Eran la antigua tribu sacerdotal. Eran sacerdotes y estaban separados para servir a Dios. Esa era su tarea principal. Representaban al pueblo en su llamado. Sin embargo, aquí vemos a Leví no como sacerdote, sino como cobrador de impuestos, y no alguien tratado con gran reverencia. La gente odiaba a este hombre. Odiaba a este hombre. Y así este relato demuestra algo —lo vemos con claridad—. Él no está haciendo lo que su nombre realmente significa. Está haciendo de hecho exactamente lo opuesto. No es respetado, sino irrespetado hasta el grado más bajo.

Vamos a ver eso. Esa es la identidad de Leví. Ahora miremos un poco qué es un cobrador de impuestos. Quiero entrar en esto porque quiero que realmente entiendan la profundidad de esto antes de llegar a lo principal que Jesús hace por él. Así que el cobrador de impuestos, específicamente en este contexto, había algo llamado la Pax Romana. ¿Qué significaba esto? Significaba que Roma —de allí venía Leví— estaba afectando todas las áreas. Piensen en que Roma era el centro de toda la economía. Ellos determinaban cómo debían tratarse las cosas. Y verán la conexión con Leví porque la Pax Romana afectaba la recaudación de impuestos que él hacía. Así que Roma contrataba locales, y este local era Leví, para cobrar peajes, y esa es la palabra publicano. Publicano es cobrador de peaje. Así que hay cobradores de impuestos y cobradores de peaje, pero todos están bajo esto que es impuestos. Todos los impuestos vienen con esta Pax Romana. Todos los impuestos van a Roma. Así que los cobradores de peaje pagaban tarifas por adelantado a Roma por el derecho de cobrar aranceles. Algo con lo que todos estamos familiarizados hoy, ¿verdad? Hemos estado oyendo sobre aranceles todo el año pasado e incluso este año. Así que no entraré mucho en eso, pero se puede gravar un cierto porcentaje de dinero en la importación y exportación de bienes, ¿verdad? Y para traer bienes, digamos, de Roma a Jerusalén, había un impuesto específico impuesto para viajar por esos caminos y esos puertos. Pero aquí está el asunto: bajo la Pax Romana no estaban bajo tribunales imparciales, lo que significa que podían hacer lo que quisieran. Podían cobrar tanto como quisieran. Ahora piensen en eso para la persona —eso es genial—. Pero piensen en la persona del otro lado. Básicamente todo su dinero se iba en impuestos. Piensen en que ustedes tienen un negocio y digamos que el 80% se va en impuestos. Eso sería una locura. No podrían vivir. Y así pueden entender el odio de la gente hacia los cobradores de peaje y los cobradores de impuestos. Y así usaban esto a su favor como cobradores de peaje. Otra vez, porque no había tribunales imparciales, gravaban a sus vecinos una cantidad exorbitante. Miramos una ilustración de Zaqueo, que también era cobrador de impuestos, y pudo dar cuatro veces lo que se había tomado de la gente porque había hecho tanto dinero. Y así esta es otra vez una imagen de un cobrador de peaje, de Leví, y básicamente se estaba llenando los bolsillos. Y aquí está el asunto: no era solo gente que no le caía bien, sino que creo que le habría dolido porque se lo estaba quitando a su propio pueblo. Recuerden: él era judío y había judíos viviendo en Jerusalén, pero estaban bajo los tribunales romanos, las leyes romanas. Así que para los judíos, cuando veían a Leví como cobrador de impuestos, pensaban en eso como robo. Estaban robando a su familia, por así decirlo. Se supone que —esto no está en el texto, pero ustedes saben— cuando son parte de una familia o amigo, dan un descuento, ¿verdad? Y él no pensaba en eso. Quería hacer, saben, igual que con todos los demás. No, tú no eres mi amigo. No, tú no eres mi familia. Voy a cobrarte lo que quiera. Así que pueden entender: estoy tratando de compartirles cuánto lo odiaban. No amaba a sus vecinos judíos. Los estaba robando según los ojos de ellos. Y así, en efecto, el pueblo judío lo consideraba un traidor a Dios, un traidor a Dios y a su propio país, sirviendo bajo los gentiles. Recuerden: los gentiles y los judíos estaban enfrentados. Y así: «Eres un traidor. Eres, eres, eres igual que los gentiles. No eres como uno de nosotros. Has caído tan bajo desde ser llamado un Leví hasta lo peor de lo peor». Así que Leví era visto como, otra vez, el peor de toda clase de pecadores. Sin embargo, vemos que solo Dios puede hacer este tipo de situación. Jesús mira directamente a Leví y emite solo dos palabras, un mandato. Sígueme. Sígueme. Tienen que entender aquí que

Marcos registra que Leví se levantó y le siguió. Recuerden que compartí un poco en la introducción esa palabra «se levantó». Quiero que ahora vean la importancia de esa palabra «se levantó». Se usa también en Mateo 9:9 y es un verbo griego. Es *anistemi* (*anistemi*), que significa resurrección. Él fue espiritualmente resucitado en ese momento. Jesús mandó: Sígueme. No se usa en ningún otro lugar excepto aquí. Así que Leví no simplemente se puso de pie físicamente como el paralítico. No: esto fue un levantarse espiritual, de muerte a vida. Eso es lo que es la resurrección. Cuando oyen la palabra resurrección, no es que estén dormidos y se pongan de pie. No: están muertos y ahora están vivos. Eso es lo que literalmente le sucedió espiritualmente a Leví aquí. Y así fue espiritualmente resucitado por —y esta es la palabra que expreso en mi oración— el llamado eficaz. Fíjense: hay un llamado general para todos, y eso es Marcos 2:17. Está llamando a qué: pecadores al arrepentimiento. Pero aquí Jesús fue específicamente a Leví y dijo: Sígueme. Fíjense: eso es un llamado personal. No está diciendo «sígueme todos ustedes». Dice: Sígueme. Es una relación de uno a uno. Y esto es para todos los creyentes. Un día de repente era como si las palabras de Dios hubieran estado allí todo el tiempo. Pero ahora Jesús los está llamando específicamente con sus palabras. Eso es lo que sucedió en este momento con Leví. Y tienen que entender: Leví era el nombre previo a la resurrección para él. Sabemos que él es Mateo. El que escribió el evangelio según Mateo. Y si saben esto, Mateo es realmente esta palabra: describe un don de Yahweh. Don del SEÑOR —don, gracia. Amén. Todo es de gracia. Dios le dio a este hombre una nueva identidad en Cristo. Su identidad antes de eso era él como cobrador de impuestos. Pero ahora su identidad es Cristo. Un don de Yahweh. Piensen en ello. Probablemente se lo estaría recordando una y otra vez. Acabo de recibir un don de Dios. Increíble. Solo Dios puede hacer esto. Conceder esta nueva identidad en Cristo. Fíjense: la Escritura afirma que los pecadores muertos no pueden despertar su propia vida espiritual. Solo Dios puede. Y déjenme hacer un aparte y quiero compartirles la profundidad de esto de nuestro Dios trino. Quiero que vean a nuestro Dios trino y cómo Él trae la gracia. Vamos a ver ahora mismo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y cómo todos obran como uno para nuestra salvación. El primer texto que quiero que veamos es Efesios capítulo 2 versículo 1. Y voy a recorrer —en realidad no puse esto en mi sermón, así que tengo que ir al texto—. Efesios capítulo 2 y voy a leer los versículos 1 al 5. Dice esto: «Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados». ¿Lo ven? Muertos. Muertos. No dormidos. Muertos. Versículo dos. «En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» —eso es Satanás—. Así que la razón por la que son desobedientes a Dios es porque están bajo el poder de Satanás. Versículo tres: «entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás». Ira de Dios, lo mismo que los demás. Versículo cuatro: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó», versículo cinco donde cerramos: «aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)». Aquí vemos al Padre en el versículo cinco: aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida —el Padre nos trae juntamente con Cristo—. Qué maravilloso Él es. El que nos trae a Cristo. Ahora quiero que vayamos a otro texto donde veremos al Espíritu Santo. Miren Juan 6:63. Juan 6:63.

Aquí, estas son las palabras de Jesús. El espíritu es el que da vida. Ven la misma palabra «da vida / quickeneth» en Efesios. Y aquí la carne para nada aprovecha. Nada bueno hay de la carne. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Así que el Padre nos atrae, nos trae juntamente en Cristo. Y luego lo que el Espíritu Santo hace es soplar vida en nosotros. Todo obrando hacia la vida, la vida eterna. ¿No es eso algo glorioso? Vemos cómo obra la salvación con los tres obrando. En eso creemos: un Dios trino. Así que ahora quiero que volvamos a nuestro texto. La autoridad divina que mandó al paralítico a caminar en Marcos 2:11 es la misma gracia, gracia salvadora, ¿verdad?, que levantó a Leví de la muerte espiritual. Muerte espiritual. Así que dos palabras sencillas de la boca de Cristo llevaron el poder divino para romper las cadenas. En este caso, la avaricia y la traición para Mateo. Fíjense: todos tenemos nuestra identidad en algo. Y para el paralítico, su identidad era que para siempre —pensaba— viviría sin poder usar nunca más sus piernas. Pero Jesús en su poder trajo de vuelta la vida a sus piernas. Su identidad ya no es que no puede caminar, sino que puede caminar. Con Mateo, es que estaba lleno de avaricia, y no podía dejar de ser avaro. Esa era su identidad. La traición era su identidad. Era un traidor. Esa era su identidad. Pero miren lo que Jesús dice. Sígueme. Sígueme. Levántate y sígueme. Significando que esa ya no era su identidad. Dondequiera que estuviera en su caseta de impuestos, dondequiera que estuviera su mente, sabía que esa ya no era su identidad. Jesús dijo estas palabras: «Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Dios lo cambió, lo trajo a un lugar de una nueva identidad. Y eso es lo que nos sucede a todos en nuestra salvación. ¿Qué eran ustedes antes? ¿Con qué se identificaban antes? ¿Y qué son ahora en Cristo? Todo creyente debería saber qué es eso. Qué era su vida antigua y qué es ahora su vida nueva. Y eso es lo que vemos aquí. Por eso es tan poderoso y tan rico con solo esas dos palabras. Sígueme. Estabas siguiendo lo que querías hacer, pero ahora me estás siguiendo a mí. Yo soy tu Señor. Yo soy ahora tu Dios. Profundo, ¿no? Podemos estar siguiendo toda clase de cosas en nuestra vida antigua, pero ahora estamos siguiendo a Jesús. Estamos siguiendo a Jesús. Y sé que estamos en el texto de Marcos, pero como se ha dicho acerca del discipulado: es sencillo. Nosotros, como discípulos de Cristo, ayudamos a otros a seguir a Jesús. Esa es la marca de un discípulo de Cristo. Somos discípulos de Cristo ayudando a otros a seguir a Jesús. Eso es lo que debemos hacer en nuestras vidas. Y vamos a ver eso en la vida de Leví. Así que nunca —aquí está el punto—. Nunca den por perdido a nadie más allá del alcance de la gracia salvadora de Dios.

Mientras la gracia de Dios, la gracia salvadora, esté sobre la vida de alguien, ustedes y yo no tenemos control de qué cambios ocurren en esa persona. Dios está en pleno control. Es la palabra soberano. Soberanía. Él es el máximo en poder y control sobre la vida de alguien. Y tiene el derecho de dar su gracia a quienquiera que Él quiera. Eso es lo que siempre debemos recordar. Y así quizás sientan que sus pecados pasados —tal vez en esta sala— que sus pecados pasados, sus decisiones vergonzosas, o tal vez son como Leví —avaricia, avaricia— los han marcado como irredimibles. «Oh, no puedo ser salvado». ¿Se dan cuenta de un traidor? Uno que era despreciado y rechazado y era considerado el más bajo. Nadie siquiera quería acercarse a él ni hablar con él. De hecho, estaba tan asustado por su vida —si saben

esto— que como cobradores de impuestos tendrían guardias, guardias romanos, porque la gente quería realmente matar a los cobradores de impuestos. Si no fueran esos guardias, todos serían muertos. Eran despreciados. Eran odiados. Eran marcados como traidores. Así que el mundo y quizás su propia conciencia les dice: están demasiado lejos. ¿Qué les ha llamado el mundo? ¿O qué les llama la gente en general? «Oh, él es así» o «ella es así». Lo que sea, llenen el espacio en blanco de lo que la gente les llama. Pero la clave es: ¿qué les llama Jesús? ¿Qué les llama Jesús? ¿No es eso lo más importante que vemos en el texto?

Pero Jesús —oh Jesús— no ve como ve el hombre. Amén. Amén. Jesús no ve como ve el hombre. Él en cambio mira a pecadores arruinados y los ve como futuros ciudadanos del reino de Dios. Recuerden: esa era su declaración, ¿verdad? ¿Cuál era el propósito de Dios? Buscar lo que se había perdido. Buscar lo que se había perdido. Y Él dijo también las mismas palabras. Déjenme ir a ellas. Aquí está, Marcos 1:15, y diciendo estas son las palabras: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio. Amo esas palabras porque arrepentirse simplemente significa volverse. ¿De acuerdo? No pueden borrar el pasado. No pueden cambiar el pasado. Pero lo que sí pueden hacer si Dios los está llamando a volverse: serán vueltos. Serán vueltos y crearán el evangelio. Creyeron algo acerca del evangelio. Ahora crean el evangelio. Creyeron un evangelio. Crean el evangelio porque el reino de Dios se ha cumplido. Fíjense: el reino de Dios en muchos sentidos es un mundo al revés. Jesús dijo estas mismas palabras en Marcos 10:45. No vamos a ir allí ahora mismo, pero Él dijo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». Es un mundo al revés. Este mundo tiene una escalera, y los que están arriba son los más grandes. Pero en realidad en el reino de Dios, los que están más abajo son los más altos. Es una actitud de siervo. Es una actitud de siervo. Y como cristianos, eso es lo que estamos haciendo aquí en esta tierra. Estamos sirviendo a nuestro Señor Jesucristo. Estamos sirviendo a nuestro Señor Jesucristo como Él nos dio el ejemplo. Ahora,

la gracia no está condicionada a su desempeño pasado. Más bien está anclada en el mismo llamado soberano de Cristo. Significando: si Jesús los llama, eso es todo lo que importa. ¿Los está llamando si están perdidos? Si sienten que no pueden ser redimidos, ¿qué les dice Jesús esta mañana? ¿Están sentados hoy en su asiento pensando: «No, todavía soy demasiado malo»? ¿Son como aquella persona que no entra a la sala del hospital a ver al médico? ¿Solo están repitiendo cosas que han repetido una y otra vez, o en realidad ya no se están escuchando a ustedes mismos? Lo que dice el mundo o lo que dice Satanás, sino escuchando a Jesús, porque su alma eterna está siendo sostenida. Y esta vida determinará cómo estará su alma, dónde estará en toda la eternidad, por lo que hagan con Jesús.

Ninguna cantidad de ganancia terrenal temporal jamás equivaldrá a su salvación. Nada de eso. Así que oigan la voz del Hijo de Dios llamándolos ahora mismo a través de las Escrituras. Sígueme, y experimentarán el poder de la resurrección y podrán seguirlo hoy. Así que, ¿han sido levantados de la muerte espiritual como la vida de Leví? Porque aquí está la belleza de lo que le sucede a una persona que verdaderamente es resucitada a la vida espiritual: que ya no hay pasividad. «Oh, ahora solo esperaré ir al cielo. Viviré como quiera y ese es el punto».

Saben, muchos cristianos profesantes piensan que ese es todo el punto de ser cristiano. Bueno, quiero aclarar con la Palabra de Dios. Dejen que la Palabra de Dios realmente les muestre qué es un verdadero cristiano, qué es un verdadero seguidor de Cristo tras su salvación. Escuchen: siempre debe estar lleno de gozo. Debe estar lleno de gozo cuando realmente son curados de su enfermedad de pecado. Ya no es que el final sea solo la muerte física sino la muerte espiritual; pueden morir en la carne, pero ahora tienen vida en su espíritu y eso los llevará a través de toda la eternidad. El gozo debe ser la misma presencia de su historia de salvación. Y lo vemos en la celebración de Leví y cómo recibe a otros que quieren oír lo mismo que Jesucristo puede hacer por sus

asociados. Miren conmigo los versículos 15 al 16.

Aquí vemos la gracia impartida y en operación en la vida de un creyente: todo es de gracia. Como les recuerdo, inmediatamente después de su llamado eficaz al ser espiritualmente resucitado, Leví organiza un banquete. Un banquete es simplemente una cena grande e impresionante y tiene un significado. Así que hoy tenemos celebraciones como digamos el 40° aniversario, el 50° aniversario; hay un tema detrás de la celebración, ¿verdad? O el cumpleaños número 80 de alguien, el 90, un gran hito que celebrarían con ese tema. Bueno, en este caso, la razón por la que está organizando esta gran cena es porque quiere compartir el tema de su salvación, de ser resucitado por Cristo. Quiere celebrar su nueva identidad en Cristo. Por eso está organizando esta gran cena. No es para sí mismo. Vamos a descubrirlo. Fíjense: Marcos escribe que Jesús estaba a la mesa. Lo ven en el texto; y las casas acomodadas de aquella época —otra vez, Leví era una persona muy rica— podrían reunir grandes cantidades de gente. Él reuniría grandes cantidades de gente. Y en la cultura judía, compartir una comida en una mesa significaba comunión íntima. Comunión íntima. Y así van a ver por qué esto era —cómo lo digo— escandaloso en muchos sentidos para quienes lo veían desde afuera. Un rabino. La gente llama a Jesús rabino. Ningún rabino jamás llegaría a estar en la casa de un publicano o de un pecador. Ni siquiera se atrevería a hacerlo. Nunca se asociaría con pecadores. Y así imaginen eso en su mente. Entonces, ¿quiénes eran estos invitados? Dice: muchos publicanos y pecadores estaban juntos a la mesa con Jesús y sus discípulos. Muchos pecadores. Así que imaginen que salía inmediatamente e iba a todas las casetas de impuestos diciendo: «Oye, quiero darles la bienvenida a mi casa». Y no solo eso, sino que vemos «y pecadores». Así que estos colegas probablemente habrían llamado a sus amigos y los habrían invitado a este banquete. Y así pueden imaginar: no era solo un pecador. No era solo Leví y unas pocas personas. No: eran muchas personas a las que este banquete recibiría. Pueden imaginar el gozo que Leví tenía al compartir esta gran noticia. Y así, porque era irrespetado por la sociedad, ¿quiénes eran las únicas personas a las que iría? Sus propios asociados otra vez: cobradores de impuestos y pecadores. Eso era todo lo que conocía. Así que piensen en ustedes mismos. Imagínense. ¿Cuál era su vida pasada? ¿Y pueden ir a invitar a aquellos de su vida pasada si son creyentes aquí esta mañana? Así es como debemos pensar acerca de esta parte del texto. Fíjense: él no estaba sin querer compartir. Quería compartir. Amén. Quería compartir con todos sus asociados, todos los desechados sociales. Los conocía por nombre. Los conocía. Y fue a llamarlos a su casa a conocer a Jesús y a sus

discípulos. Noten que los publicanos se listan antes que los pecadores. El orden es importante en la Palabra de Dios. Eran peores que los pecadores regulares. Lo vemos aquí en el texto. Y así Jesús, sentado cómodamente reclinado entre ellos, entró en esta comunión íntima con estos publicanos y pecadores. Y por cierto, este es el fruto de la gracia. Así que hay gracia salvadora y luego el fruto de la gracia. ¿Dónde vemos el fruto de la gracia? Salmo 112:9. Que honramos a Dios al dar libremente lo que Él nos ha dado y lo damos a quienes necesitan su gracia. Ese es el fruto de la gracia sobre todos los creyentes que han recibido gracia salvadora. Y así lo hace con sus antiguos asociados de trabajo otra vez para que puedan ver al Salvador que cambió su vida. Fíjense: no queremos que la gente venga a nosotros, ¿verdad? Un discípulo sano de Cristo nunca querría que finalmente vinieran a nosotros. Queríamos que vinieran a Jesús. Igual que aquel paralítico, igual que aquellos cuatro amigos: «No, solo podemos llevarte allí, pero tienes que ver a Jesús tú mismo. Podemos hablar todo acerca de Jesús, pero no: tienes que ir a Jesús. Tienes que ir a verlo tú mismo». Bueno, en este caso Jesús vino a Leví. Así que vemos que Él puede ir a él, o traerlo a Él, pero en última instancia Jesús tiene que decir esas palabras: «Sígueme». Tiene que decir en última instancia esas palabras. Y Marcos anota aquí la razón clave de su presencia. Porque había muchos, y amo esto: también le siguieron. También le siguieron. ¿Qué es tan importante de esto, podrían preguntar? Fíjense: estos desechados no estaban aquí para burlarse de Jesús. No estaban aquí para burlarse de Jesús. No: querían arrepentirse y creer el evangelio. Querían creer el evangelio sentados en aquella sala. Jesucristo, las buenas nuevas. Querían ese cambio porque sabían que no podían recibir este cambio en ningún otro lugar de la sociedad. Solo Jesús podía hacer esto. Y lo vieron en la vida de Leví. Y así habla de Mateo 5:3: los pobres en espíritu. Él puede ser rico y lleno de riqueza y de todas estas posesiones, pero a quienes Él llama pobres en espíritu son los que recibirán salvación. Fíjense: creer su mensaje y recibir pecadores como Él lo hizo es lo que dice Lucas 19:10. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Desechado y perdido son muy sinónimos. Rechazado, perdido, desechado. Esos son a quienes Él está llamando. Sin embargo, vemos en este mismo texto a los escribas y a los fariseos: vieron a Jesús comiendo con el grupo de publicanos y pecadores y tenían esta disposición desdeñosa y horrorizada, y lo vemos porque los escribas y los fariseos valoraban los cambios externos —verdad, es como: ¿por qué estás sentado con...?— estaban preocupados: ¿por qué estás visible, públicamente exhibido con estos pecadores? Estaban todos preocupados por lo externo, lo externo, lo externo; no podían ver el cambio profundo que le había sucedido a Leví. Y así lo que vemos aquí es que, en lugar de confrontar a Jesús directamente como hicieron con el paralítico, creo que aprendieron la lección. Vas a Jesús y Él no expone tu corazón —pensaron—. Así que pensaron: «Oh, iré a sus discípulos». ¿Lo ven en el texto? Esta vez no van directamente a Jesús. Van a sus discípulos y ofrecen una pregunta juiciosa. ¿Qué es esto, que Él come y bebe con publicanos y pecadores? ¿Sienten el tono amargo y su acusación? Son legalistas, solo les preocupa el cambio externo y no pueden comprender la gracia. Esa es la esencia de alguien que solo se preocupa por lo externo. No ven la gracia. No ven lo que la gracia puede hacer al transformar a alguien de adentro hacia afuera. Y así los fariseos no solo se negaron a entrar en la gracia ellos mismos, sino que aquí vemos que también resentían la gracia hacia otros. Saben, dice que los fariseos hacen hijo del infierno dos veces más a aquellos a quienes discipulan. Es tan cierto. Esa es la mortalidad de

ser farisaico: solo preocuparse por el cambio externo en lugar de la salvación de la gracia. Así que Jesús no vino a atender a estos hipócritas religiosos porque más tarde declaró: porque aun el Hijo del Hombre, como dije, no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. Él está como diciendo básicamente: ¿por qué no tienen a esa gente sirviéndoles? ¿Por qué van a su casa? ¿Por qué van y pasan tiempo con ellos? Deberían estar enseñándoles y deberían hacer que vengan a su lugar, pero en cambio ustedes van a su casa y pasan tiempo allí. Otra vez, un mundo al revés es el reino de Dios. Fíjense: en Apocalipsis 3:20, estas son las mismas palabras de Jesús. Él dice: He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Es algo maravilloso. Y como una imagen de: ¿están permitiendo que Jesús sea el Salvador de su vida, el Señor de su vida? Lucas 14:23 dice esto acerca de la parábola del gran banquete —y no está en el evangelio de Marcos, pero quiero compartirles esto—. Lucas capítulo 14 versículo 23 dice: y dijo el Señor —estas son las palabras de Jesús— al siervo: Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Otra vez, el banquete representa aquí en el contexto el reino de Dios. Estos son a quienes invitar. Los invitados iniciales en la parábola del gran banquete eran quienes pensaban que eran autosuficientes. No necesitaban venir a este banquete. No necesitaban estar dentro porque estaban tan ocupados con su vida y siendo suficientes para sí mismos. Entonces, ¿qué dice el Señor? Dice: «Está bien, salgan a los caminos y a los vallados, a los desechados, a aquellos que están fuera de este grupo de personas que se piensan tan altamente de sí mismos, pero a aquellos que no se ven a sí mismos altamente valorados internamente. Se ven a sí mismos en pobreza espiritual. Vayan y alcancen a esos pueblos —y en este caso los cobradores de impuestos, los cobradores de peaje, los pecadores, los de afuera— y el mandato de forzar / compel significa esto: instar con fuerza, persuadir o rogar a la gente». ¿No es eso lo que Leví hizo con sus asociados? Debe haberles rogado: «Oh, tienen que venir. Este es el que. Este es el que. Tienen que venir a Él. No tienen que ir a ningún otro lugar. Solo vengan. Solo vengan». Pueden imaginar el gozo que tenía al compartir las buenas nuevas. Y así, ¿cómo aplicamos esto? Examinen sus propios corazones. ¿Albergan un espíritu farisaico que categoriza a la gente como demasiado lejos, como dije, o simplemente imposible de alcanzar para Dios? Tengan cuidado con esa clase de actitud. Se filtra mucho en cristianos profesantes. Digo cristianos profesantes. Los verdaderos cristianos se arrepentirían de eso. Los verdaderos cristianos nunca permitirían que eso hierva a fuego lento en sus corazones porque Dios no permitirá que eso suceda. Amén. Fíjense: no nos aislamos a nosotros mismos y a nuestro propio círculo, por así decirlo. Esa es otra cosa de la que debemos tener cuidado. Lo tenemos tan bien. Pero ¿no quieren que otros reciban esta buena cosa que tenemos? ¿No quieren salir de su círculo, de su grupo, sea lo que sea ahora como cristiano, como creyente? Es una advertencia para nosotros. Tenemos que tener cuidado cuando no estamos compartiendo el evangelio con otras personas perdidas. Recuerden aquel tiempo cuando primero llegaron a la salvación en Cristo. Qué gozo, la experiencia que tuvieron. Así es un corazón reavivado. Cuando el evangelio lo quieren compartir con otras personas, ahí es cuando están reavivados. Ahí es cuando están reavivados. Usemos nuestros hogares y nuestros recursos. Lo tenemos bien aquí. No mucha gente tiene sus propios hogares. No mucha gente tiene sus propios hogares. Nosotros sí. Hay gente ahora mismo viviendo en chozas. Hay gente viviendo en garajes abiertos. Lo tenemos tan bien aquí. No seamos

desagradecidos e ingratos. Tenemos hogares. Tenemos recursos para llevar pecadores perdidos a los pies de Jesús. No solo aquí al edificio de la iglesia, sino en sus propios hogares. ¿Lo están haciendo? Cuando un pecador viene a confiar en Jesús como su propio Salvador personal, el impulso inmediato de la gracia es presentar a otros amigos perdidos al Salvador. Eso debería estar en el corazón de todo creyente porque la verdadera gracia nos hace acogedores a los desechados. Pensamos en la gente que es desechada. Pensamos en los perdidos no de una manera condenatoria, sino de una manera: «Oh, quiero que experimenten la gracia de Dios. Quiero que experimenten la obra transformadora de vida que Jesús hace con sus palabras: Sígueme». No edifiquemos nuestros propios muros, sino pidamos constantemente a Dios que derribe los muros que nos dividen de los desechados, de los perdidos en nuestro círculo. No seamos esa clase de reputación. Que Dios nos ayude con eso. Y déjenme decir esto. No dejen que su vergüenza pasada los detenga. Si están otra vez perdidos de Jesús. Si se han sentido rechazados por gente justa en sí misma, no los escuchen. No escuchen a la gente justa en sí misma. Sí, hay gente que hiere incluso dentro de las iglesias. Otra vez, hablo de aquellos que son cristianos profesantes que piensan que son cristianos, pero realmente no lo son. No los escuchen. Si han sentido eso en su vida, vayan más allá de eso y miren a Jesús. No busquen su validación de lo que ellos piensan que es dónde van a recibirlos. Tienen que hacer esto, esto, esto, entonces seré su amigo. Entonces los amaré, entonces cuidaré de ustedes. No, no. No, no, no escuchen eso. Vayan más allá de eso. Vayan a Jesús. Vean a Jesús reclinado a la mesa de Leví. Vean cómo da la bienvenida a pecadores. Vean cómo es acogedor. Él no pide: «Cambia tu vida antes de venir a la casa de Leví». No: Él dice: «Tráiganlos a todos. Traigan tantos como puedan, Leví. Tráiganlos a todos a su casa. Yo me sentaré allí. Me sentaré en la misma mesa donde una vez se sintieron rechazados y avergonzados». Y ustedes llegan a oírme. Fíjense: Él no echa fuera a los que vienen a Él. Si esas personas vienen con arrepentimiento sincero, como vemos aquí, le siguen. Estaban siguiendo lo que querían en su vida, pero ahora le estaban siguiendo. Le estaban siguiendo. Vengan a su mesa acogedora esta mañana. Experimenten el perdón que solo Él puede ofrecer de su pecado. Él no exige que arreglen su vida. Como dije, Él los llama a venir a Él para que Él pueda limpiarlos, para que Él pueda cambiar su vida. Eso sucede después, no antes. Él los limpia después. Él los hace capaces de vivir rectamente para Él. Así que mientras pecadores arrepentidos estamos celebrando en la mesa de la gracia, el Señor Jesús da un paso adelante para entregar un diagnóstico divino que expone la verdadera condición de cada alma en la sala, porque ahora voy a hablar más de esto en Marcos 2:17. Aquí es donde vamos a terminar. Les dije que este iba a ser un sermón más largo. Él oye los susurros de los fariseos y de los escribas. Miren esto. Jesús responde a los fariseos así. Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Jesús usa esta expresión común. La gente sana no necesita un doctor, pero la gente enferma sí. Así que Jesús aquí se presenta como un médico espiritual para sanar sus corazones arruinados debido a la enfermedad del pecado. Y otra vez los cobradores de impuestos y pecadores sabían que estaban espiritualmente enfermos a causa del pecado, la enfermedad del pecado. Y se volvieron a Él por restauración espiritual. Pero Jesús entrega sus palabras afiladas a los fariseos. Y los escribas y los fariseos se consideran justos. Otra vez, Él usa las mismas palabras que ellos usan de sí mismos. Él no estaba diciendo que ellos eran

justos. Él está diciendo: «Ustedes se llaman a sí mismos justos. Voy a usar sus propias palabras. Ustedes piensan que son justos, pero eso es todo cumplimiento externo de reglas y eso ahora nunca los restaurará». Y así las palabras de Dios aclaran que esto es toda fachada: que la gente que piensa que es justa en realidad, en realidad todos están espiritualmente enfermos. Él estaba hablando a todos en aquella sala, incluyendo a los fariseos y a los escribas. Sabemos esto por lo que el apóstol Pablo dice en Romanos 3:10. No hay justo, ni aun uno. Romanos 3:23: por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. Y así lo sabemos. Conocemos estos textos. Los fariseos eran igual que la iglesia en Laodicea. Apocalipsis 3:17. Otra vez, estas son las palabras de Jesús. Habla tanto de fariseos y escribas y cristianos profesantes. Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad. Soy perfecto. Estoy bien. En otras palabras —pero sin saber que eran lo que Jesús dice: desdichado y miserable y pobre y ciego y desnudo—. Eso está exponiendo su verdadero yo. Su verdadero yo. Y así los cobradores de impuestos sabían que estaban enfermos. Lo sabían. Los fariseos lo negaban en su ceguera y su orgullo y se excluyeron a sí mismos aquel día de otra oportunidad de venir al Salvador por verdadera sanidad espiritual, verdadera cura de su pecado. Ahora debo seguir. Aquí está el asunto. Aquí es adonde quiero ir antes de terminar. El mayor obstáculo a su salvación no es la cantidad de pecado que han hecho. No dejen que eso sea su impedimento para venir a Jesús. No piensen: «Oh, he hecho todos estos pecados, y así ese es mi obstáculo para la salvación». No: aquí está. Esto es lo que vemos en el texto. Es su orgullo. Es su orgullo. Es su orgullo. Se están negando a sí mismos la verdadera cura de la enfermedad del pecado. Eso es. Eso es. Eso es lo que vemos. No dejen que su propio orgullo los haga tropezar en la verdadera salvación. 1 Timoteo 1:15. Pablo dijo esto. Él era un fariseo de fariseos y Dios se lo mostró y nos dice: Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Yo soy el primero. Así que, está bien, fariseos: ustedes también pueden entrar. ¿Lo ven? Qué cosa tan maravillosa. Qué cosa tan maravillosa ver lo que Jesús hace y cambia a una persona de adentro hacia afuera. Aquí es donde quiero

decir desde Isaías 53:5. Este es Jesús. Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; ... y por su llaga fuimos nosotros curados.

Dejen que esas palabras penetren. Y aquí es donde vamos a cerrar. Dejen que esas palabras penetren. Vengan al gran médico que puede sanarlos del pecado. Oremos. Padre, gracias por este tiempo. Señor, pasé tanto en tu Palabra porque verdaderamente quiero que aquellos que están perdidos aquí vengan al conocimiento salvador de Jesucristo. A conocer al verdadero Jesús de la Escritura: que Él da la bienvenida a todos los pecadores. No importa cuánto hayan pecado, Señor, si solo oyen tus palabras hoy, Señor, déjalos oír tus palabras. Déjalos oír lo que has hecho por ellos en la cruz. Con las llagas, con las heridas, somos sanados. Padre, oro para que vean —Señor, tus ojos espirituales— que abras sus corazones. Que vengan a Jesucristo esta mañana y tengan el gozo de la salvación que nunca han experimentado hasta este punto. Tráelos a este lugar, Señor. Y te agradecemos, Padre, por la preciosa sangre de Jesús que continúa limpiando del pecado, continúa salvando a la gente de sus pecados. Y oro, Padre, por nosotros como creyentes en Cristo: que continuemos reconociendo y recordando nuestra

historia de salvación y aquel llamado personal en nuestras vidas; y que dondequiera que estemos, Señor, en cómo nos relacionamos con la gente, ayúdanos a saber esto: que el fruto de la gracia es dar la bienvenida a otros pecadores igual que nosotros a los pies de Jesús para oír las buenas nuevas de por qué Él vino: a buscar y a salvar lo que se había perdido. Y oro, Padre, que podamos por tu gracia y tu misericordia y por tu fuerza traer a más gente a oír del Señor Jesucristo y de lo que Él puede hacer por ellos también. Bendice, Padre, a este fin. Te agradeceremos por todas las cosas buenas que haces hoy. En el nombre de Jesús. Amén. Amén.